



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 32.

JUEVES 6 DE OCTUBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de más de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

## SUMARIO.

GEOGRAFÍA: Dinamarca, por V. C. F.—LOS AMORES DE UN PINTOR: (Conclusion), por Francisco de Paula Entrala.—SOMBRAS DE AMOR: (una página de la vida de mi espíritu), por Aureliano Ruiz.—OCCIDENTE: cascada de Voonai-Roha en Hauai.—DESCANTO: poesía por Aureliano Ruiz.—LOS DESENGAÑOS, por X. P. R.—CANTARES: por Enrique Fernandez y Carnicero.

## GEOGRAFÍA.

### DINAMARCA.

El reino de Dinamarca está situado al Norte de la Alemania, y al Sur de la Suecia y de la Noruega, de las que le separa el mar Báltico, el Sund y el Cattegat.

El Elba corre 30 leguas por la parte septentrional de la Alemania, hasta que desemboca en el mar del Norte, y baña por la orilla derecha los ducados de Lauemburgo y de Holstein, que forman parte de la monarquía danesa. El primero de estos países presenta una vasta llanura, regada por varios arroyuelos afluentes los unos del Drave, y los otros del Elba, encontrando en algunos sitios pequeños lagos que hacen el país agradable. El suelo es pantanoso en el curso del Elba, pero fértil en los terrenos bajos, y por muchas partes se ven grandes bosques y no pequeños arenales.

Al Noroeste de Lauemburgo, se halla situado el Holstein, país bastante igual, y en el que solo se nota una cordillera de ribazos áridos y pantanosos, que atravesando todo el territorio de Sur á Norte, forma la línea de separación entre las aguas que surten en el mar del Norte. La parte oriental es montañosa, encontrándose en ella muchos lagos y sitios pintorescos; la región occidental por el contrario, es llana, pantanosa, y se halla espuesta á las inundaciones del Elba, que solo se pueden contener por medio de diques. Los ríos mas

notables son el Estor, el Pinó y el Alster que se dirigen al Elba. El Eider que tiene su nacimiento en un lago del Este, corre hacia el Norte, y se hace navegable cuando sale del lago Western-See, continuando su curso hasta el mar del Norte, sirve de límite natural entre Alemania y el Schleswig que pertenece también á Dinamarca.

El Schleswig forma la parte meridional del Jutland, ó Jylland, y es una larga península que se dirige de Sur á Norte.

La misma cordillera de ribazos que se observa al Sur del Eider, se prolonga hasta el cabo de Skager, punta arenosa y llana en que termina el Jutland, en cuyo cabo colocan los geógrafos daneses el límite entre el mar del Norte y el Cattegat.

Como acontece en el Holstein el terreno de Jutland es mas llano por las costas del mar del Norte, llamada por los daneses mar de Oeste (Vesterhavet), que por las del Báltico (Øster-soen, mar del Este).

La cordillera de ribazos tiene en Lauemburgo 18 metros de altura; en el Holstein, la cúspide de Kalkberg mide 86, Kniosberg en el Schleswig 129, y Himmelberg, en Jutland 129.

El Cattegat es el brazo de mar que se extiende desde el mar del Norte hasta el Sund, la parte del mar de Norte, comprendida entre el Jutland y la Noruega, la designan muchas veces con el nombre de Skagerrak, empleando esta denominación en algunas ocasiones como sinónima de Cattegat.

El Sund da entrada al mar Báltico, entre la Scania provincia de Suecia y la isla de Seeland (Sjælland) la mayor del reino de Dinamarca.

El gran Belt forma la separación entre Seeland y Fionia; y el pequeño Belt divide esta isla y el Jutland. Existen diferentes islas situadas unas en el Cattegat, otras en el Báltico, y en diversos puntos.

En la costa occidental del ducado de Holstein y del Jutland se hallan situadas las islas

del Nordstrand, Pellworm, Amrom, Fohr, Sylt, Ramoe y Fanoe, llanas todas y espuestas como el continente inmediato á frecuentes inundaciones, que solo pueden evitarse defendiéndolas con fuertes diques.

La poca anchura del Jutland, impide que se formen rios caudalosos; pero riegan la península gran número de arroyuelos, designados con nombres particulares, que terminan todos en aae (agua corriente), en cuyas desembocaduras se encuentran puertos, generalmente poco profundos.

Mas allá de la isla Fanoe, la costa occidental del Jutland describe una línea continua que se avanza hacia el Norte, interrumpida solo por algunas aberturas estrechas que dan paso á bahías llamadas fiords. El Lümfiord, en el Norte de la península, va desde el Cattegat hasta la costa opuesta, de la que le separa un istmo muy estrecho, que en muchas ocasiones se ve roto por el oleaje; pero pronto las arenas tapan estas pasajeras aberturas: su longitud es de 30 leguas y su anchura desde 5 á 8; recibe muchos riachuelos y contiene diferentes islas.

Mas al Sur esta costa presenta las bahías de Mariager y de Randers; despues forma al Este una creciente considerable, y mas abajo se halla entrecortada con golfos, bahías y buenos puertos hasta su límite meridional.

La fisonomía de las islas se asemeja á la de las provincias continentales; en ellas se encuentran llanuras con pequeñas colinas, lagos, arroyos y bahías mas ó menos profundas. La altura mas elevada de las islas, la de Siunberg, en Fionia, es de 283 metros.

La isla de Bornholm difiere por su constitución geológica de las demás provincias danesas, de las que está separada 32 leguas por la parte mas próxima. Está situada á 7 leguas de la Scania, y parece que representa un punto de transición entre las rocas primitivas de la Escandinavia y los terrenos terciarios y de acarreo de la Alemania. Toda la isla está festonea



da y atravesada de rocas areniscas, que explotan los habitantes, así como el esquisto, el mármol, y otras rocas calcáreas compactas, la hulla y otros minerales.

El terreno restante de Dinamarca es de aluvion. Por debajo de la tierra vegetal se encuentra una mezcla de cal, de arcilla, de sílice y de arena ó trituraciones naturales de cuarzo; y á mayor profundidad se ven formaciones mas antiguas que se presentan claramente en las costas. Estos bancos de roca calcárea ó de creta se hallan separados algunas veces por capas cuarzosas.

La costa de Mæen presenta rocas de creta, y se ven tambien en la isla de Seeland, en las pequeñas islas inmediatas, en las orillas del Lümfiord, en el Jutland y en otras partes de esta península.

En las costas de Seeland y en las de Mecklenburgo y de Pomerania en Alemania, en los pantanos de la Finlandia y en otros puntos se encuentran enormes masas de granito.

La industria extractiva de Dinamarca consiste en minas de hierro de poca importancia y en canteras de roca calcárea. La turba es frecuente en los terrenos llanos.

Dinamarca está situada entre los 5° 45' y 12° 51' de longitud al Este de París, y entre los 35° 2' y 57° 41' de latitud septentrional. A pesar de esta posicion avanzada hacia el Norte, el clima de este reino no es tan frio como se debiera suponer.

La vecindad del mar disminuye el rigor del frio, pero al mismo tiempo impregna la atmósfera de nieblas y de humedad. Los vientos del Oeste y del Sudoeste, que son los mas frecuentes, llevan la lluvia; el Noroeste es el mas violento.

En invierno el termómetro de Reaumur llega á 12 y 13° bajo cero; en verano marca algunas veces 20° sobre cero, pero el término medio son 15 ó 16°.

La temperatura media del año es de 6° y medio. Si los estrechos que sirven de comunicacion entre el Cattégat y el Báltico se hielan en algunas ocasiones, no consiste en la intensidad del frio, sino en los témpanos de hielo que traen las corrientes de las costas de Noruega y de Suecia.

El calor comienza á fines de mayo ó principios de junio, pero las noches son frescas en todo el verano.

El frio se deja sentir desde fines de setiembre, y muchas veces comienza á helar en octubre. Los meses de diciembre, enero y febrero son los mas frios. En suma, puede decirse que el invierno es lluvioso, caen muchas nieves, y las heladas son muy fuertes; la primavera es poco agradable á causa de los vientos; el verano es muy vario, y el otoño la estacion mejor.

El clima del Jutland septentrional es el mas frio y se asemeja al de Noruega.

La humedad de la atmósfera que existe por numerosas causas, favorece á la vegetacion, perjudicada muchas veces por los vientos. El suelo de las islas es generalmente fértil; se encuentran en ellas muchos bosques sombríos, lagos, arroyuelos y sitios pintorescos; el centro de Seeland y de Fionia presenta solo llanuras inmensas y monótonas. La costa oriental del Jutland, por bajo de la bahía de Kaloe hasta el Holstein se compone de penínsulas pobladas de árboles y llenas de ribazos que respiran alegría. En cuanto á la cordillera de colinas que se prolonga de Sur á Norte de la península, no presenta sino tristes eriales, cubiertos de maleza y matorrales; el terreno tan pronto es arenoso como de color rojizo, pero absolutamente estéril. La costa occidental se compone de dos partes distintas; la una se estiende desde el cabo Skager hasta la isla Fanoe, comprende tierras de mediana calidad para la agricultura, mezcladas con excelentes pastos, rodeados de montecillos de arena movable, que en distintas ocasiones suele causar grandes pérdidas; la otra parte tiene un terreno fangoso de una fecundidad prodigiosa; pero el aire es muy húmedo y no es muy salu-

dable. Segun las crónicas antiguas, inmensos bosques cubrian todavía estas comarcas en los siglos X y XI de nuestra era; desde esta época casi han desaparecido; existen todavía, sin embargo, en los cantones orientales de este pais, en los del Sudoeste de Fionia, en la isla de Jalster, en las costas meridionales de Seeland y en las orillas del Sund. Muchos viajeros admiran, y con razon las magníficas hayas que encuentran. Los demás árboles que se crían en el pais son encinas, álamos, fresnos, abedules y chopos, el abeto y el pino son los mas comunes. Los árboles son muy raros en las costas occidentales de Dinamarca, desde la desembocadura del Elba hasta el cabo de Skager, y los pocos que se encuentran son sauces y saucos.

Si los mares que rodean á Dinamarca tienen abundante pesca, en cambio ofrecen dificultades para la navegacion por los bancos de arena que se hallan en las costas del Jutland, por sus escollos y por sus corrientes muy rápidas.

La estension de Dinamarca en leguas cuadradas de 25 al grado, es:

El Lauemburgo. . . . .	55
El Holstein. . . . .	425
El Schleswig. . . . .	450
El Jutland. . . . .	1,240
Las islas. . . . .	652

2,822

V. C. F.

## LOS AMORES DE UN PINTOR.

(CONCLUSION).

Eduardo tendió su inteligente mirada sobre las hileras de camas guarnecidas de blanco, y entre cuyas sábanas se revolcaba algun que otro moribundo con la desesperacion de su agonía, dejando caer su cabeza pesadamente sobre las almohadas; vió ojos apagados, rostros amarillos y descompuestos, bocas que se sonreian con amargura, irentes lívidas y amoratadas; y en medio de esta atmósfera de muerte, de desesperacion y de miseria que le rodeaba, escuchó, creyó escuchar ayes horribles, suspiros prolongados, gemidos de muerte, crugimientos de huesos, rechinar de dientes, y todo esto mezclado y confundido con los insultantes dicharachos ó las necias amenazas de esos que con su corazon de roca y su mano de hierro, sajan, tunden, cortan, amputan y desuellan la pierna ó el brazo de la infeliz criatura que la fatalidad arroja en sus manos; con igual serenidad que quien monda una rama de abeto ó de ciprés, en medio de un bosque de abetos ó de cipreses, donde si aquella no sale á su gusto, encontrará otras muchas en que emplearse... Considero feliz al hombre mas pobre que cuenta con su hogar, su lecho y su familia, comparados con aquellos infelices sin lecho, sin hogar y sin familia, ó acaso con la última, pero arrancados de entre sus brazos por la mano de la miseria ó del destino; parecíale que aquellos ayes lanzados en las silenciosas estancias de un hospital, aquellas lagrimas vertidas en el lecho de la caridad, habian de caer sobre la frente de los nobles que hacen gala de su riqueza y sus blasones, como una lluvia de plomo derretido, aniquilándolos y sepultándolos en el olvido para siempre... Pero ¡ay! cuán engañado estaba: la humanidad triunfa, rie, goza, charla, se divierte, y absorbe en sus placeres... se olvida de los que padecen, de aquellos cuya vida, desde la cuna al sepulcro, es una larga cadena de sufrimientos jamás interrumpidos.

Volvió sus ojos hacia el suicida que le preocupaba y le vió inmóvil, rígido, silencioso como un cadáver, con los brazos estendidos sobre las sábanas, la cabeza hundida entre las almohadas, y sus ojos, su nariz, su boca todo su semblante, en fin, oculto bajo una capa de sangre.

—¿Se encuentra usted mejor? le preguntó el

jefe del establecimiento aproximándose á su oído. El herido guardó silencio.

—¿No me oye usted?

Su segunda pregunta alcanzó igual contestacion que la primera.

—¿Qué le ha inducido á usted á quitarse la existencia cuando sabe que hay un Dios que premia á los buenos y castiga á los malos? le preguntó Eduardo con amabilidad.

A medida que aquella voz resonaba en los oídos del moribundo, sus brazos comenzaron á temblar replegándose sobre sí mismos, como si deseara buscar un punto de apoyo y levantar su cabeza lentamente para escuchar mejor al que le hablaba.

Eduardo retrocedió un paso, lleno de espanto, y el director miró con sorpresa al pintor y púsose densamente pálido.

—¿Qué es esto? preguntó á media voz.

—No lo sé, repuso Eduardo, cuyo corazon latia bajo la influencia de un horrible presentimiento.

—Háblele usted mas, parece que ha conocido á usted en la voz.

—Veamos: ¿tiene usted deseos de vivir? ¿está usted arrepentido de su crimen?

El moribundo nada contestó.

En este momento, el jefe del establecimiento recibió un recado urgente, y muy á su pesar salió de la sala, suplicando á Eduardo le diese cuenta del resultado de aquella entrevista tan casual como misteriosa.

—Parece que me conoce usted, le dijo luego que se hubo alejado, ¿no me dirá usted su nombre?

A aquella pregunta las mandíbulas del herido se despegaron, produciendo un sonido áspero y duro; su lengua, mas que moverse, pareció rodar en su boca, y con voz débil, ahogada y cavernosa, contestó:

—Sí, sí.

En seguida estendió hacia Eduardo su brazo pálido, crispado y tembloroso, haciéndole señas de que se acercase.

Hízolo Eduardo, pero no sin que aquel le tomase una mano que pretendió llevar á sus labios ensangrentados y deshechos.

—¿Qué hace usted!

—¡Oh! la Providencia... la Providencia le envía á usted, caballero, ¿no me ha conocido usted todavía?

—No, no señor, es casi imposible...

—¡Ah, usted no sabe cuánto consuelo deramarán sus palabras sobre mi corazon!

—Pero ¿usted me conoce? ¿No teme usted equivocarse? preguntó Eduardo.

—Imposible, su voz de usted ha resonado en el fondo de mi alma en tres solas ocasiones, pero tan supremas, que es imposible la confunda. La primera, cuando me gozaba en marchitar para siempre la inocencia de... «de ella...» no quiero murmurar su nombre... bastante lo han profanado mis labios. ¡Oh! qué mundo tan malo, qué vida tan miserable la mia...

Y el herido, como si profundos pensamientos y amargos recuerdos le absorbieran, inclinó dificultosamente la cabeza, y permaneció silencioso.

—La segunda, continuó al cabo de algunos instantes, cuando encenagado en el vicio, no hallaba obstáculo que se opusiese á la realizacion de mis planes, hasta que su voz de usted penetró en lo mas hondo de mi corazon, evocando el santo recuerdo de mi padre.

¡Oh padre mio! perdóname, si arrastrado por el torbellino de las pasiones, llegué á manchar tu nombre siempre puro, noble y respetable.

—Luego usted... usted es el... tartamudeó Eduardo, ¡ah! ¡cómo arrastran los crímenes y los vicios hacia la depravacion y la muerte, al que no ha conocido la pobreza desde la cuna, viviendo sin ambicion y sin deseos!

—¡Ah! ya comprendo... Dios mio, que horror...usted es... ¡ah! no, no, es imposible; usted...

—Soy, dijo con voz pausada, un miserable pecador arrepentido; fui el «baron.»



—¡El baron! exclamó Eduardo con voz ronca.

—¡Ay! silencio... por caridad, que el mundo no sepa mi deshonra y mi muerte, si por ventura ha ignorado mis... delitos... pero usted es noble y generoso; bien tarde lo he conocido por desgracia; usted, cuya abnegación es infinita, me ha inducido ahogando los sufrimientos de su alma, á seguir la senda del bien y yo he despreciado sus consejos... usted... respetará mi última voluntad.

—¡Oh, sí, sí!

—¡No revelará usted á nadie mi nombre?

—Solo á una persona.

—¡Ay, sí, eso sí!... ¡Dígala usted que perdono al que tan feliz pudo ser y es tan desgraciado!... y usted me perdonará también... ¡oh! dígame usted que sí, y moriré tranquilo...

—Dios lo haga en el cielo como yo en la tierra.

—¡Oh, gracias, gracias! y estrechó convulsivamente las manos del pintor, y la masa de sangre que cubría sus ojos pareció humedecerse y reblandecerse al roce de dos ardientes lágrimas de agradecimiento.

—¿Qué ha podido arrastrar á usted á tan lamentable estado de exaltación que no haya tenido fuerza para soportar sus sufrimientos? ¿No cree usted que hay miles y miles de personas mas desventuradas que usted?

—Los remordimientos, la depravación, el vicio, la fatalidad, la miseria... ¡el hambre! caballero, ¡el hambre!!! ¡ah! ¡qué existencia tan miserable la mía! Antes de que usted me conociera yo era rico, había aspirado el suave perfume de la felicidad y de los placeres y me agitaba en la esfera de la aristocracia; no creía en la existencia de los pobres; me burlaba de la miseria; y escarnecía con mis cruces cargadas á los que vivían felices en medio de sus privaciones, risueños en medio de sus lágrimas, honrados y contentos en medio de su pobreza. Me parecía imposible que el oro se agotase y el poderoso descendiese hasta allí. Ajé la inocencia donde la hallé, la virtud donde la ví, nunca obstáculo alguno se presentó á mis ojos hasta aquella noche fatal é inolvidable en que el eco de la justicia resonó por boca de usted, penetrando en lo mas profundo de mi corazón... sin embargo, en aquellos instantes, no era otra cosa que la realización de mis planes... se decía que ella era rica, y mis fincas, mis rentas se agotaban sin bastar á satisfacer mi desmesurada ambición... usted que la amaba...

—¡Yo! exclamó Eduardo palideciendo.

—Sí, usted que la amaba, tuvo la abnegación de arrojarla en mis brazos por lavar ante la sociedad la mancha con que usted la había infamado... y usted cuya abnegación comprendo casi á las puertas del sepulcro, reclamó venganza del cielo. Enlazado ya para siempre, doña Genoveva y yo, llevados del mismo interés, luchamos frente á frente; ella tuvo que huir porque la justicia le perseguía y quedamos solos; rogué á Laura que viviese conmigo y accediese á mis súplicas, pero ella con su alma grande, y su voluntad de hierro ha permanecido siempre pura y resignada como una santa; yo me precipité mas y mas en la carrera del vicio; jugué, perdí cuanto tenía... entonces necesité mas oro y la robé un medallón de brillantes delante del sepulcro de su madre... ¡mas, y le vendí! Ya lo sabe usted, por cuarenta mil reales. Encontré á usted segunda vez, la luz de la razón penetró un instante en mi cerebro estraviado, pero instintivamente volví á la casa de donde había salido; recordé que tenía hora en mi bolsillo y allí quedé nuevamente. Recordé también que aquel joven... ¿Le conoce usted?

—Sí—¿Le vió usted?

—Sí.

—¿Recobró usted el medallón?

—Sí.

—¡Ah! Gracias, gracias. ¡Cuán bueno es usted!—Recordé entonces que aquel joven reclamaria su dinero y salí con el remordimiento del robo; me pareció escuchar en todas

partes sus pasos de usted que me seguían, la mano de la justicia que me sujetaba, y huyendo despavorido me precipité en una taberna. Había cuatro hombres, me tomaron por camarada suyo, me amenazaron, les tuve miedo, sentí hambre, no tenía dinero, nadie me fiaba, me revelaron sus planes de robo, dijeronme que podía contar, si les ayudaba, con diez mil duros, cuando menos... la ambición...

—¡La ambición! ¡oh! ¡maldita ambición!

—Pues bien: la ambición me dominó; dudé, acepté, volví á dudar, y por último, me lancé con ellos á la calle. Llegamos junto á una casa de aspecto pobre y miserable, cuya puerta abrió uno de ellos por medio de las *ganzuas*, sin producir el mas leve ruido... hicieron que me descalzase como ellos, y así con el mayor silencio trepamos la escalera deteniendonos en su primera *meseta*...—Aquí, silencio y seguidme, dijo el primero.—Se encendió una linterna sorda que llevaba el que hacia de jefe, puso una llave en la cerradura del cuarto principal y nos facilitó la entrada. Sin que se sintiese el vuelo de una mosca atravesamos un pasillo, entrando poco despues en la alcoba, donde á la débil luz de una lamparilla pudo verse un gran cofre de hierro colocado junto á un lecho en que dormía tranquilamente una mujer, entre cuyos brazos descansaba una inocente criaturita de cabellos rubios como el oro.—Esto lo observé en un abrir y cerrar de ojos, pues cuando me detuve á reflexionar qué hacia, ví que aquellos *miserables* de quienes había aceptado un pedazo de *pan*, se lanzaron sobre aquella infeliz, navaja en mano, y la sujetaban amenazándola mientras otro me gritaba:—¡agarra ese niño y tápale la boca para que no chille.

—¡Oh! ¡Qué horrible escena!

—¡Sí, sí! En aquel momento un tercero descendió el cofre con extraordinaria agilidad; estaba vacío! pero la mujer dió un grito horrible, y haciendo por desasirse de los que la sujetaban, saltó de la cama... instantáneamente su pecho despidió un torrente de sangre: el lívido tinte de la muerte se extendió por sus mejillas, y dando un segundo grito, mas fuerte que el primero, cayó en tierra con los brazos extendidos y su mirada fija en mi rostro de una manera terrible, murmurando:—«¡Ah! ¡Enrique!... ¡tú, tú también!... ¡esa es tu hija, la hija de mi alma!... Al escuchar mi nombre en boca de aquella desgraciada, al oír su voz en los supremos instantes de la agonía, todos mis recuerdos se levantaron del fondo de mi alma. ¡Adela! ¡Adela!... exclamé, y al mismo tiempo sentí que la mano del asesino me arrancó de entre los brazos de aquella inocente criatura y levantó sobre mi cabeza la ensangrentada hoja de su puñal... corrí, grité, tuve miedo, me precipité por la escalera, y desde aquella noche no me atreví á presentarme en la hospitalidad que Laura me ofrecía; disfrazado recorrí día y noche sin descanso las calles mas solitarias, y la sombra de Adela aparecía á mi vista, severa y triste como el remordimiento... Adela había sido víctima de mis instintos como otras muchas... hacia tres años que no encontraba su paradero, y la fatalidad me abrió sus puertas para que presenciase su muerte y la existencia de aquella niña... ¡pobre hija mía! Pasó el tiempo y me ví sin hogar, sin lecho, sin familia, como un vagabundo... Tuve hambre... pedí una limosna á los mismos que tantas veces habían disfrutado de mis rentas, y no me conocieron; me la negaron, volviéndome la espalda. Las gentes se apartaban de mi lado; á mi presencia temblaban los niños, y se estremecían las mujeres... No me sentí con fuerzas para trabajar; mi naturaleza era débil para dedicarse á un oficio... mis conocimientos escasos para un empleo; mis faltas imperdonables, para que me presentase ante la sociedad... Entonces comprendí el mundo tal cual es, y sentí todo el peso de mis dolorosos recuerdos; el remordimiento fue superior á mis fuerzas... Pensé cuál inútil era mi existencia... el arrepenti-

miento empezaba á germinar en mi alma... pero tarde... intenté suicidarme... caminé lentamente hasta colocarme en la cúspide de un derrumbadero, invoqué en mi auxilio el santo nombre de Dios, le rogué por vuestra felicidad y la de Laura, y me arrojé de cabeza... no era suficiente aquello para expiar mis crímenes, y el cielo ha hecho que sobreviva... pero estoy ciego... un dolor agudo destroza mis pulmones, y siento... ¡ay! no sé... lo que siento... voy á toser... mi pecho arde y estalla mi cabeza... tengo miedo... ¡ay! por caridad no se separe usted de mí!...

Una tos ronca, seca, cavernosa resonó en los ángulos de la sala, y Enrique comenzó á arrojar fuertes bocanadas de sangre.

—¡Oh! ¡perdon, perdon! balbuceó con voz ahogada.

—Sí... sí... pero voy á llamar un médico...

—¡No... no!... déjelo usted... siento frío... no se separe usted de mí... estando usted... muero tranquilo. ¡Laura!... ¡Adela!... ¡Eduardo! ¡Mi hija!... ¡Ah!... ¡Pobre hija mía!... ¡Laura! Hágala usted feliz! ¡Me muero! ¡Perdon don Eduardo, perdon!... ¡He sido muy malo! pero... ya... ¡Dios mio... Dios mio... tened piedad... de mí!

El baron se estremeció convulsivamente, juntó las manos en ademán de súplica y cayó pesadamente sobre el lecho.

Eduardo se arrodilló junto á la cabecera y rogó á Dios por el alma de aquel desgraciado.

## XVII.

Una hora despues ó sea en el instante de concluir Alfredo su relato, entró Eduardo en la habitación de su madre.

—Voy con el permiso de usted á saludarle, dijo Alfredo, teniendo al propio tiempo el singular placer de enunciarle una visita.

Y salió en busca de su amigo.

—¡Eduardo... Eduardillo! ¿dónde estás, hombre?

—¡Ah! ¡mi querido Alfredo, ven á mis brazos!

—Hace una hora que salistes y me ha parecido un siglo, sí, un siglo; pero chico, dijo abrazándole, estás pálido, ¿qué tienes?

—¡Hay tanta miseria en el hospital! Se empeñó en que le viera...

—¡Por vida del diablo!... Si lo sé, no te dejes ir. ¿Te han pagado?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cuarenta mil duros.

—¡Canario! poco es para lo que merece; pero, en fin, Dios te haga feliz con ellos, y á la que te espera en el estudio.

—¡En el estudio! ¿Quién?

—¡Laura!

—¡Laura! ¿De veras, mi querido Alfredo?

—Como lo oyes.

—¡Ah! ¡Dios mio! exclamó Eduardo dejándose arrebatar de su alegría, y luego, como si un pensamiento fúnebre le absorbiese, continuó: ¡oh! no, no, el pedestal de mi felicidad no puede ni debe levantarse sobre las ruinas de un cadáver! Si ayer nos separaba el destino, hoy nos separa nuestra propia conciencia! ¡El tiempo, solo el tiempo labrará mi ventura con sus pasos de gigante!...

—Querido mio, dijo Alfredo, con las glorias se olvidan las memorias. ¿Fuiste á ver si en las listas del correo había carta para mí...

—Perdona, mi buen Alfredo, se me había olvidado. ¡Toma!

Y entregándole una carta, entró precipitadamente en el estudio.

—¡De mi padre! dijo el joven huésped mirando el sobre y rompiéndole con precipitación.

Pero al leer su contenido, un hondo suspiro se exhaló de su pecho, y se dejó caer en su silla con la frente bañada de sudor y el corazón angustiado.

—¡Laura! exclamó el pintor dirigiéndose á ella y tendiéndole apasionadamente la mano.

—He dado este paso, dijo Laura tartamudeando en fuerza de su alegría, porque tem,



Por su salud de usted. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos!

—¿Y ha podido usted imaginar que yo la olvidara?...

—No, eso no; además tenía miedo... El baron no ha vuelto á casa y creí...

—¡El baron! ¡pobre criatura! tengámosle lástima, perdonémosle, amada Laura, y roguemos á Dios...

—¡Ha muerto! ¡desgraciado! murmuró Laura inclinándose tristemente la cabeza.

—Acaba de espirar en mis brazos...

—¡Oh! ¿dónde? ¡cómo! Comprendo que no debía sentirle, y sin embargo, la compasión arranca lágrimas de mis ojos en este momento...

—En el hospital, contestó sombríamente Eduardo, indicando á Laura que se sentase, se apoyó en el respaldo de la silla, refiriéndola cuánto acababa de suceder.

Concluido el relato, Laura, que por esa

viva simpatía que existe entre dos personas que se aman, y se aman con delirio, adivinaba los pensamientos de Eduardo, exclamó enjugándose una lágrima.

—¡Bien, Eduardo; me retiraré al colegio donde he pasado los mas risueños dias de mi infancia, y esperaré cuanto quieras!

—¡Oh! Laura de mi vida, entonces mi hogar será un Edem, mi vida un prolongado sueño de amor, nuestra felicidad comparable solo á la de los ángeles en el cielo...

—Sí, sí... ¡Pero ahora irás á verme todos los domingos, y cuando no, recuerda que Laura vive por tí y para tí, que desde el fondo de su alma te envía en un suspiro las sinceras promesas, los juramentos dulces de su amor!... ¡Pero no te olvides de mí!

—¡Olvidarte! Ven, sígueme, Laura, y tú comprenderás si ha sucedido ni es posible que suceda.

Ambos atravesaron un pasillo, encontrán-

dose en una sala pequeña y circular; sus paredes estaban cubiertas de paisajes, acuarelas y retratos.

—¡Ah! exclamó Laura con arrobadora sorpresa. Aquella enlutada que con el manto desprendido, los ojos fijos en el cielo y las manos cruzadas sobre el pecho figura orar arrodillada ante la humilde cruz de una sepultura y bajo la sombra del pomposo ramaje de los sauces del cementerio... soy yo...

—Es el cuadro de la melancolía...

—Esa ninfa vaga y misteriosa como una ondina, cuyas flotantes ropas y destrenzados cabellos se destacan sobre ese fondo azulado que parece desvanecerse á medida que ella sale de la plateada espuma de los arroyos, tiene mis ojos, mi nariz, mi boca, mi frente en fin... esa...

—Eres tú, vida mia, bajo la forma de la pureza y de la virtud...

—Aquella que desde su balcon, vestida se-



Cascada del Voonai-Roha en Hauai.

veramente de negro, con la mirada fija en el infinito, la boca entreabierta y la mano estendida, parece abstraerse y estasiarse escuchando los armoniosos trinos de un canario, que está en aptitud de revolotear en su jaula dorada al aspirar el primer perfume de las azucenas y madre selvas... ¡Soy yo!...

—Es el primer sueño de mi amor...

—¡Oh! ¡gracias, gracias, Eduardo, yo no sé pintar como tú; pero tu imagen, tu recuerdo, tu vida entera están grabadas en mi corazón, en mi pensamiento, en mi alma!

—¡Ay Laura! ¡cuánto te amo!

—Y yo, Eduardo, y yo... mas callemos...

Es necesario reprimir nuestro amor para que ni ante el mundo, ni ante Dios, nos avergoncemos nunca de nuestras acciones.—¡Adios, pues, Eduardo!... ¡Cuán ligeras se me pasan las horas á tu lado... sin embargo nuestra razón lo manda, y por mas que el corazón lo rechace, es fuerza obedecer ¡Adios!...

Laura salió precipitadamente con la voz ahogada por el sentimiento, y Eduardo que la siguió hasta el último tramo de la escalera, la vió alejarse en silencio, porque su pecho se desgarraba de tristeza, y ambos, á la distancia que les separaba, murmuraron un dulcísimo «adios» y se miraron de manera tan apasiona-

da y olocuente, que en ellas se reveló cuánto amor, cuánta abnegación y virtud encerraban aquellas dos almas, para quienes empezaba á brillar el astro de su esperanza.

Eduardo corrió en busca de Alfredo, y se lo encontró en igual estado de postración y abatimiento que le dejamos.

—¿Qué tienes? le preguntó disimulando su tristeza.

—¡Mi padre! ¡mi pobre padre!...

—Pero ¿qué hay? ¿Qué ocurre? ¿Está enfermo? ¿Ha tenido alguna pérdida?

—Sí, sí... catorce millones de francos en géneros de la India!

—¡Dios mio, y cómo!

—¡Han naufragado los vapores que le conducían! ¡Con tan considerable pérdida la casa se ha presentado en quiebra! ¡Los acreedores se han apoderado de todo! Treinta y ocho mil duros en oro, que la casa de S... le había confiado como depósito, se han perdido y mi padre, mi desventurado padre, será condenado á pasar su vejez en presidio por tan insignificante cantidad.

—No, no; tu padre no irá á ninguna parte; su honra vale mas que todo y es necesario salvarle... si mi madre estuviera en un apuro, yo aceptaría cualquier sacrificio de tu parte, hoy

lo está el tuyo... y es necesario salvarle... Alfredo, en mi gaveta tienes cuarenta mil duros, acéptalos y no pensemos mas en esto...

—¡Eduardo! exclamó Alfredo, cayendo desmayado en sus brazos.

—¡Dios mio, Dios mio! balbuceó Eduardo alzando sus ojos al cielo; «¡cuán grande es el consuelo que derramas en el corazón humano, si practicando las acciones que debe, halla su recompensa en la felicidad de los demás!»

Si acostumbrais á pasear por los pintorescos paseos de la Montaña en las apacibles y serenas tardes de verano, y ya recorriendo sus calles de árboles donde aspirais el suave perfume de las acacias y de los tilos, ya descendiendo lentamente por el paseo del Rey, veis cruzar un matrimonio joven, elegante, inclinándose él hacia ella, y ella apoyándose en él, pero ambos con la sonrisa en los labios, la dulzura en el semblante, la mirada radiante de felicidad y de amor, y sin apartarla el uno del otro, como si temiesen perder en un solo momento la dicha que aspiran, la satisfacción que experimentan, al contemplarse unidos, enlazados para siempre y embriagados en los recuerdos de su amor, bajo aquellos frondosos árboles, ó bajo el cielo despejado y tranquilo donde las nubes





ANTIGÜEDADES.—Embarcaciones del siglo XIII.

que cruzan, las aves que cantan y las áureas que murmuran, evocan en el corazón del artista, del poeta ó del enamorado, tan poético y dulce sentimiento; si lo seguís y penetrais en su hogar, á la luz de una lámpara cuyos débiles rayos caen sobre el elegante pero sencillo mueblaje de la estancia, reconocereis á la anciana madre de Eduardo que sonríe cada vez que

escucha de una niña de tres á cuatro años á lo mas, el dulce nombre de «abuelita.» La niña que lo pronuncia tiene los cabellos negros y enortijados, los labios que parecen corales y las manecitas blancas como perfumados ramos de de alielies... Leon duerme á los pies de su ama, y si levanta la cabeza es para fijarla en aquella criatura de cuya mano recibe á veces el pan

que come y las mas tiernas caricias... Al sonar la campanilla, el rostro de la anciana se dilata, la niña se dirige hácia la puerta dando saltos y levantando sus bracitos alegremente, y el perro se alza sobre sus patas, mueve la cola y aulla en señal de reconocimiento.

Laura, risueña, hermosa, mas hermosa que nunca, entra precedida de Eduardo... ¡Hija de mi alma! es su primera exclamación, y se inclina, levanta á la niña entre sus brazos, y con todo el delirio de esposa y de madre, la besa, la acaricia, la estrecha y la contempla estasiada mil y mil veces, porque ella es el primer fruto de su amor y el ángel cuyos ojos reflejan toda la felicidad de sus padres. Después Eduardo hace otro tanto, y alegres, felices, llenos de amor y de ternura se aproximan y abrazan á la anciana, que los espera para bendecirlos, y que sonríe, llora y suspira ante la felicidad de sus hijos.

A los pocos instantes, un joven sacerdote, de rostro apacible y bondadoso, aparece en la estancia, y al sentirlo llegar, Eduardo y Laura se miran, se sonríen, mientras el nombre de Alfredo se escapa de sus labios.

Eduardo ha adquirido, á fuerza de trabajo, una lindísima casa de campo en las inmediaciones de Alicante para pasar en ella los veranos entre las dulces emociones del amor y los arrullos de las ondas del mar. Cuando Alfredo los bendice por la generosidad de sus corazones, Eduardo contesta ruborizándose:

—¡Quiéreme siempre como te queremos, mi buen Alfredo, y esta será nuestra mas grata recompensa... pues viviendo así, nuestro hogar será un edem; nuestra vida un prolongado sueño de amor; nuestra felicidad comparable solo á la de los ángeles en el cielo!

Doña Genoveva, de quien no ha vuelto á saber su sobrina, ha descendido al triste y



ANTIGÜEDADES.—Embarcaciones del siglo XIII.

lastimoso estado de tener que pedir limosna para sostenerse, después de salir de la cárcel, donde se la ha estado siguiendo causa por estafa. ¡Felices aquellos que, aunque pobres y olvidados, sean ricos de corazón y de alma, y desventurados los que piensan o ultar sus malos instintos bajo la capa de oro con que se encubren en la tierra, sin considerar que todos somos iguales ante la justicia de Dios!!

FRANCISCO DE PAULA ENTRALA.

### SOMBRAS DE AMOR.

(UNA PÁGINA DE LA VIDA DE MI ESPIRITU.)

#### I.

Acostumbrado á estar oyendo decir uno y otro día que cada casa es un mundo, y cada hombre una historia; he llegado á persuadirme de que hay tantos mundos cuantas son las casas que existen, y de que existen tantas historias cuantos son los seres que alientan.

Digo esto á propósito de que jamás hubiera yo creído, á no tener esta persuasión, que encerrara una historia y á mi parecer digna de escribirse el corazón de la joven y hermosa Enriqueta.

#### II.

Estábamos en la primavera de 1850.

Era una de esas deliciosas noches del mes de abril en las que abre la naturaleza todas las fuentes de sus encantos, para acariciar con



ellos los ensueños de los enamorados, los recuerdos de las almas doloridas, las esperanzas de las imaginaciones exaltadas, las ilusiones de los corazones vírgenes.

Era una de esas noches deliciosas, que en otra época, siendo yo mas impresionable, di en llamar «Noches de amor.»

Hoy, si me preguntan qué quiere decir esto, es muy posible que no pueda dar una contestación bastante satisfactoria.

Y se comprende... ¡Han pasado por mí diez años!

¿Quereis saber qué significan diez años?...

—Os lo diré. Diez años significan para mí, muchas cosas de mas, y otras de menos; la cuenta de los desengaños aumentada en una cifra fabulosa; las palpitaciones del corazón disminuidas; la fe, en la amistad, menguada; la sombra de la dicha casi desvanecida; el placer que acaba, el hastío que comienza; la alegría que muere, la tristeza que nace; un caudal, en fin, de ilusiones, perdido!!!

### III.

Enriqueta era un tipo digno de un pincel maestro.

Figuraos una estatura mas que mediana, completamente armonizada con sus formas. Unos ojos garzos, velados por unas arqueadas y negras pestañas, que casi tocaban á la admirable delineación de sus finas cejas, una profusa cabellera, una nariz de un corte académico, unos labios rojos como la flor de la granada, cuya movilidad hacia que apareciesen de vez en cuando dos pequeños hoyuelos en sus estremidades, hoyuelos que verdaderos nidos de amores, hubieran envidiado, á no dudar, la mas refinada coqueta; y todo esto sobre un cutis blanco mate, como una taza de alabastro, limpio como un cielo sin nubes, trasparente como el velo de gasa de una virgen; figuraos, en fin, una belleza ideal, prestada cuantos primores os sugiera la fantasía creadora, y tendreis así una idea aproximada, pero no muy cercana aun, de la hermosura de Enriqueta.

### IV.

Por primera vez la ví, la noche ya descrita, en un baile de confianza que para celebrar su cumpleaños daba en su quinta la baronesa viuda de Villa-Bella, prima algo lejana del padre de nuestra heroína.

Recuerdo, como si lo tuviera á la vista, hasta el traje que vestia, cosa en que, aquí para *inter nos*, jamás fijo la atención.

En aquellas circunstancias, sin embargo de mi despreocupación en este punto, noté todos los detalles de su prendido, porque ellos, que son por lo comun un reflejo del carácter de la persona que los lleva, me sugirieron la idea, que llegó á hacerse persistente, de que Enriqueta no era una joven vulgar, de esas que á cada paso encontramos en nuestro camino.

Su cabeza, admirablemente modelada, estaba pidiendo una corona; por eso, sin duda, no llevaba en su cabello otro adorno que una pequeña rosa, tan pálida como su rostro.

Un traje de blonda negro, hacia resaltar la pronunciada blancura de sus torneados brazos y de su erguido cuello.

Además, su mirada ardiente, siempre fija en algun objeto dado, tenia la brillantez al par del cansancio de la mirada de un calenturiento.

Yo me dirigí á ella con la misma veneración religiosa con que me dirijo á la tumba que encierra los restos de algun amigo querido.

Cuando quise pedirle el favor de dar una vuelta del vals que la orquesta principiaba á preludiar, me sucedió, por un extraño accidente que nunca me habia acontecido, y del cual no me supe entonces, ni aun hoy día, dar cuenta, que mis labios permanecieron cerrados, y se negaron á dar salida á las palabras que quise articular.

Ella comprendió algo de lo que por mí pa-

saba, porque fijando tenazmente sus ojos en los míos, se levantó de su asiento y se asió á mi brazo.

Parecíamos dos estatuas; tal fue por un momento nuestro silencio é inmovilidad. No sé si alguna de las personas que se hallaban inmediatas, notaria nuestra original escena muda; si la notó alguna de ellas, ó se reiria grandemente, ó pensaria, pensando mal, y esto es lo mas probable, que estábamos convenidos de antemano en bailar aquella pieza.

Cuando á propósito de sus afectos y sus contrariedades, hablamos unos instantes despues, ya con la confianza de una amistad inspirada por la hermandad de nuestras almas, me dijo Enriqueta, que si era cierto que yo no la habia dirigido la palabra, lo era tambien, que ella habia oido interiormente mi voz, y me habia respondido acorde, y de la misma manera que yo la preguntaba.

### V.

Tuve una época de ser un poco afecto á los estudios del magnetismo. Le oí á un célebre doctor alemán, explicar de una manera prodigiosa sus teorías, y mas de una vez quise, no siempre con el mejor éxito, ponerlas en práctica. Así hoy no tengo la menor duda, de que la escena del baile fue una prueba mútuofluido-magnética.

### VI.

Aquella noche bailamos poco, muy poco. A las dos vueltas de vals, sentí desfallecer á Enriqueta, y no estando mi espíritu dispuesto á aquel ejercicio, aprovechando un momento de general entusiasmo y ruido, la llevé al balcón que estaba mas inmediato y entreabierto, con el objeto de que el viento de la noche animara á la desfallecida joven.

Por otra parte, como desde el primer momento me habia interesado tanto, aquel conjunto de espíritu y forma de Enriqueta, que abstraída de cuanto la rodeaba, parecia vivir en un mundo de recuerdos ó de esperanzas distinto del nuestro, y yo deseaba abstraerme igualmente de todo, para poder estudiar con mas espacio aquella organizacion sublime; de aquí que aprovechara la ocasion que me deparaba aquel incidente, para satisfacer mi sed de estudios filosóficos, ó mi curiosidad por otro nombre.

La luna en toda la plenitud de su belleza, bañaba de lleno y perpendicularmente, el interesante rostro de Enriqueta.

Jamás belleza tan soberana, ni figura tan fantástica se presentó á mi vista; no ya en la vida de la materialidad, donde las cosas no tienen mas que su valor intrínseco; pero ni en el estenso mundo de los sueños, donde los objetos se reproducen con la facilidad de la idea, y se adornan con todas las galas de la imaginación.

Aquella joven era algo mas que una mujer; era una idealidad.

Yo en aquel momento era mas que un hombre; era un poeta.

¡La poesía y la idealidad se hermanan!...

### VII.

Mi vida se apaga, me decia Enriqueta, me siento morir, y la muerte no me espanta. Semejante á la golondrina que abandona su nido para buscar en otras regiones mas cálidas el sol ardoroso del estío, yo busco un sol que caliente mas que el nuestro. ¡Siento un frio!... ¡frio en la imaginación, frio en la sangre... en todas partes frio!... ¿No es verdad que estoy helada!!

¡Y me abandonaba su mano, cuya frialdad era realmente cadavérica!

¡Oh! ¡yo hubiera querido en aquel momento, prestar á Enriqueta el fuego todo de mi volcanizada sangre!

### VIII.

La brisa de la noche, cargada con el aroma de los azahares; el sordo murmullo de la fuen-

te, cuyas aguas salpicaban la verde alfombra de los contiguos prados, los ténues ruidos de las hojas de los árboles, que como otros tantos ósculos de amistad se esparcian por el espacio, y fluctuando sobre todos estos encantos la hermosura de Enriqueta, á cada momento mas hechicera, á cada momento mas espiritual y mas poética, impresionaron tan fuertemente mi imaginación, que mis ojos contemplaban por el pri-ma del deseo aquel cuadro circuido de cuantos halagos y venturas se finge el alma en sus mas caprichosos éxtasis.

### IX.

¡La brillante luz del día, al alumbrar mi lecho, desvaneció mi delirio!...

¡Sí, mi delirio!... porque delirio fue y creado para mi mal, el baile de la baronesa, con sus luces, su música y sus parejas. Sombras de mi fantasía, cuanto he descrito al despertar. Pasado el sueño, despierto á la realidad, y la realidad me sofoca. He escrito lo que he soñado; y aquella joven con su diáfana blancura, su traje de blonda y su magnética mirada; aquella joven que no ha vuelto á ser visible á mi espíritu, no ha existido nunca, ó hablando con mas propiedad, existió una noche en mi cerebro! ¿Será que estoy condenado á no ver ni encontrar esas creaciones de mi fantasía, á las que llamo *sombras de amor*, sino en mis cortas horas de ensueños y delirio?

AURELIANO RUIZ.

### OCEANÍA.

CASCADA DEL VOONAI-ROHA EN HAUAI.

Segun la descripción del viajero sir T. L. Mitchell, el grupo de las islas Hauai, uno de los mas considerables de la Polinesia (Oceanía Oriental) está formado de once islas, cinco grandes, tres pequeñas y otras tres que mas bien son escollos. Representa este grupo una línea curva interrumpida en varios puntos y dirigida de tal suerte, que la convexidad mira al Nor-noreste, y se estiende de 19° á 23° de latitud Norte, y de 157° á 159° de longitud occidental. Uniremos á este grupo el atol (1) de las islas Copper y Henderson que está mas próximo á las islas Hauai que á la costa americana.

Hauai, que es la mas meridional de estas islas, es tambien la mas importante, y dio nombre al archipiélago. En su mayor extensión de Norte á Sur tiene cerca de 83 millas sobre 66 de ancho de Este á Oeste. Su circunferencia es de unas 240 millas. La parte de tierra cultivada de la isla es mas considerable al Este que en las demás partes; cadenas de montañas en dirección de las costas estienden sus ramificaciones en todo el interior de la isla y en su mayor parte están coronadas de volcanes. Las tres montañas mas elevadas de este sistema, el Munakea, punto culminante, de unos 15,000 pies de altura, el Munaroa, casi tan alto como el anterior, y en fin, el Munarhua-Rarai, dispuestos en triángulo, circunscriben una llanura elevada casi desierta é inculta. Aunque muy altas, estas montañas terminan en pendientes suaves por el lado del mar; y no ofrecen las asperezas y multiplicados precipicios que caracterizan los terrenos volcánicos. La población de la isla, segun los misioneros ingleses, americanos y franceses, se eleva á 85,000 habitantes, distribuidos en los seis distritos de Cohala, Hama-Rua, Hiro, Puna, Rona y la llanura interior de Wai-Mea.

La ciudad mas hermosa de las islas es sin duda alguna Wai-Akea, situada al extremo de la bahía de su nombre. Tres torrentes cortan su suelo, y forman lagos poblados de excelentes peces que se alimentan de almejas. Estos estanques naturales están cubiertos de patos y otras aves acuáticas. El mas ancho y rápido de estos torrentes es el Wai-Roha, que descien-

(1) Llámase atol á cada uno de los grupos de islas pequeñas que forman un archipiélago.



Su embocadura ofrece una profunda garganta cuyos muros ennegrecidos y cortados á pico, están cubiertos de una vegetación mezquina. Por esta embocadura el torrente se precipita en una ancha cuenca formando dos impetuosas cascadas, una de veinte pies y otra solamente de ocho. Una de las diversiones favoritas de los isleños consiste en dejarse llevar por las aguas por encima de las cascadas, arrojándose por ellas para volver á aparecer al instante en las aguas del lago.

#### DESENCANTO.

Marchita la flor garbada  
que mi infancia perfumaba,  
juzgo que *todo* en la vida  
se desvanece y se acaba,  
ó con la ausencia se ovida.

La gloria mas envidiada,  
la fortuna mas brillante,  
la dicha mas señalada,  
gozámolas, y un instante  
después del goce, son... nada.

¡Terrible destino á fe  
el del hombre perseguido  
por un recuerdo, que fue,  
escrito ó grabado al pie  
de la mansión del olvido!...

Anhelamos la victoria  
y ceñimos sus laureles,  
mas se oscurece esta gloria  
con los recuerdos crueles  
que nos deja en la memoria.

Y es la ambición tan creciente,  
tan desmedida y alzada,  
que nos aumenta inclemente  
nuestra desgracia presente,  
nuestra fortuna pasada.

Nacidos para luchar,  
esquivamos el sufrir,  
y sufrimos sin notar  
que venimos á empezar  
nuestra vida al concluir.

Así en el mundo pasamos,  
y queda de lo que fuimos,  
tan solo el bien que sembramos  
fruto que no recogimos  
en tierra que no labramos.

El hombre, regulador  
de sus fúnebres pasiones,  
mide el odio y el amor  
en el peso engañador  
de las propias afecciones.

No es de extrañar así, que,  
luchando consigo mismo,  
ya crédulo, ya sin fe,  
ponga en el abismo el pie  
para hundirse en el abismo.

Sombras del Supremo Ser,  
en la tierra proyectamos  
la sombra de su poder,  
y cuando á la luz llegamos  
nos toca desaparecer.

Atomo al mundo lanzado,  
viene el hombre á confundir  
su presente y su pasado,  
con el destino ignorado  
que oculta su porvenir.

Que es la vida á que nacemos  
un libro donde anotamos,  
con cifras que apenas vemos,  
siempre el mal que padecemos,  
nunca el bien que disfrutamos.

Y es digno de contemplar  
ese forzoso deber,

que á veces sin vacilar,  
nos obliga á aborrecer  
lo que pensamos amar.

Siendo tan cruel y amarga  
la vida, vivir no importa;  
mas todos sufren su carga  
que con los bienes se acorta  
y con los males se alarga.

En el mundo engañador  
nos acompaña do quier,  
con su delirio el amor,  
con su capricho el placer,  
con su ponzoña el dolor.

Y queda en su empeño vano  
el que las iras provoca  
del fanatismo mundano,  
aislado como una roca  
en medio del Océano.

Lodos con distinta suerte  
por la tierra transitamos,  
pero hasta el fin, *nadie* advierte,  
que el objeto que buscamos  
solo se encuentra en la muerte.

¡Triste condición!... vivir,  
es para el rico—gozar,  
es para el pobre—sufrir,  
y para el joven—amar,  
y para el viejo—morir!

AURELIANO RUIZ

#### LOS DESENGAÑOS.

¡Qué feliz eres tú, lector desocupado, que caminando indiferentemente por el camino de la vida, ni encuentras obstáculos en él, ni te cuidas del fin de la jornada y comes porque encuentras que comer y bebes porque hay mas fuentes de las que necesitas que de las que busco yo, y paseas, y te alegras, y reposas, y vives!... «¡Y vives!...» Si tuviese tiempo para colocar bien la palabra, te espantarías, lector, del valor que yo le doy.

Feliz lector desocupado, escucha.

Yo conocí un hombre desgraciado que hacia á su pesar la jornada de la vida. Hombre extravagante que tenía la locura de devorar ideas, vivía dentro de sí, devorándose á sí mismo.

Hace algun tiempo que me contó lo que ahora voy á referirte.

Se paseaba por las calles de Madrid, á esa hora, sin misterios para el que llevado á la carrera por la esperanza de un placer cualquiera, no mira nada fuera de sí ni otra cosa en su interior que la fruición que espera; misteriosa para él, que por justificar el estado de su alma, se empeñaba en atribuirlo á la oscuridad de un cielo sin estrellas, á los perfiles grotescos de las sombras en las paredes de los edificios, en el suelo, en todas partes.

Caminaba, pensando en su pasado.

Su pasado, eran dos palabras. Fastidio: desengaños.

Las dos palabras tomaron cuerpo; afectaron una forma, y se le pusieron delante, amenazándolo. Sintió un sacudimiento de terror, bajó la cabeza y suspiró.

Estaba en una calle solitaria: tenía por compañero, á su sombra, que unas veces iba delante; otras veces detrás de él, según que la luz de los faroles iluminaba su cuerpo por la parte anterior ó posterior.

A pesar de estar solo, tuvo miedo: se sentía acechado, perseguido. Pero ¿por quién? No me lo dijo: yo creo que por la nada.

El alma, lo mismo que la química, tiene sus reactivos, y su reactivo mas poderoso es el sentimiento de la nada: cuando un alma, perpetuamente atormentada por el aguijón de los deseos, de las sensaciones y de los pensamientos, llega á ese momento doloroso en que estudiándose á sí misma, encuentra resuelta en cero la prodigiosa cantidad de diligencia, de

anhelos y de ideas, sino reacciona vigorosamente, muere.

El temor de este peligro hizo erguir interiormente al paseante solitario.

Se detuvo: levantó la cabeza osadamente; hizo un gesto equivalente á un reto, y descomponiendo su pasado, evocó los desengaños.

Los desengaños primero que el fastidio, me decía contándome este cuento, porque el uno es resultado de los otros; porque el fastidio es el hijo máncer del contacto del corazón con la sociedad.

Los desengaños obedecieron al conjuro, y se presentaron en tumulto á su imaginación.

El paseante pasó de la inercia á la actividad suprema.

Oía distintamente millares de gritos, de exclamaciones irónicas, de carcajadas punzantes, de apóstrofes violentos, mientras que sentía su corazón, meciéndose en el abismo del pasado, ir de la palpación infantil al recogimiento sonador de la segunda idea, del latido vigoroso de la juventud, á la sacudida nerviosa de la edad madura, aspirando, sonriendo, quejándose, llorando, encerrándose en el silencio del dolor.

Se cansó de aquella variedad de sentimientos, fundidos en la unidad dolor, y llamó uno á uno á sus desengaños.

¡El primero!... Hubo silencio: el tumulto interior había cesado.

Sintió que resbalaba lentamente por un plano inclinado interminable, y que en vano descendía y se cansaba, y sentía los vaivenes del cerebro, compañeros constantes del vacío... No encontró el primer desengaño: no lo había.

¡El segundo!... llamó... Igual silencio. Sintió que hacía la parte del corazón, bajaba y subía aceleradamente, aun ignora si el mismo corazón, ó el desengaño evocado, que tomado un cuerpo tal vez por lo tenaz de sus raíces, luchaba en vano por subir á la imaginación.

¡El tercero!... gritó... Silencio igual.

¡El cuarto!... Silencio siempre.

¡El quinto! ¡El sexto!...

Hubo un choque terrible en su cerebro; sus ojos se anublaron, y en vez de cuerpos, de formas, de objetos palpables, sintió mas que vió, delante de sus ojos una sombra movediza, fugaz, impalpable.

Sentía en los oídos un rumor poderoso, que al tiempo que alejaba los ruidos y las voces exteriores, le hizo oír claramente voces y rumores interiores.

Oyó aquel rumor, y después de él, y como engendrado por él, una voz muy lejana, que como si subiese del corazón ó de un abismo le parecía salida del vacío: la voz le dijo:

—No somos ni primero, ni segundo, ni centésimo: tenemos nuestro nombre; dánoslo.

—Yo no sé cómo se llama mi primer desengaño.

—Así. Y una voz quejumbrosa le interrogó diciendo: ¿ya no te acuerdas de aquel día decisivo, en que creyendo que todo lo que veíamos era realidad, tuviste el pensamiento aterrador de que un desengaño de tu imaginación, la vida como la columbraste; el hombre como lo deseabas; la mujer cual la querías?... Desengaño; ese es un nombre: fue la primera morada de tu corazón; el primer latido contenido de tu corazón; la primera sonrisa de tus labios: después de mí, vinieron los demás: desengaños de amor...

—¡Yo quiero verlos!...

—Somos muchos: llámanos, uno por uno.

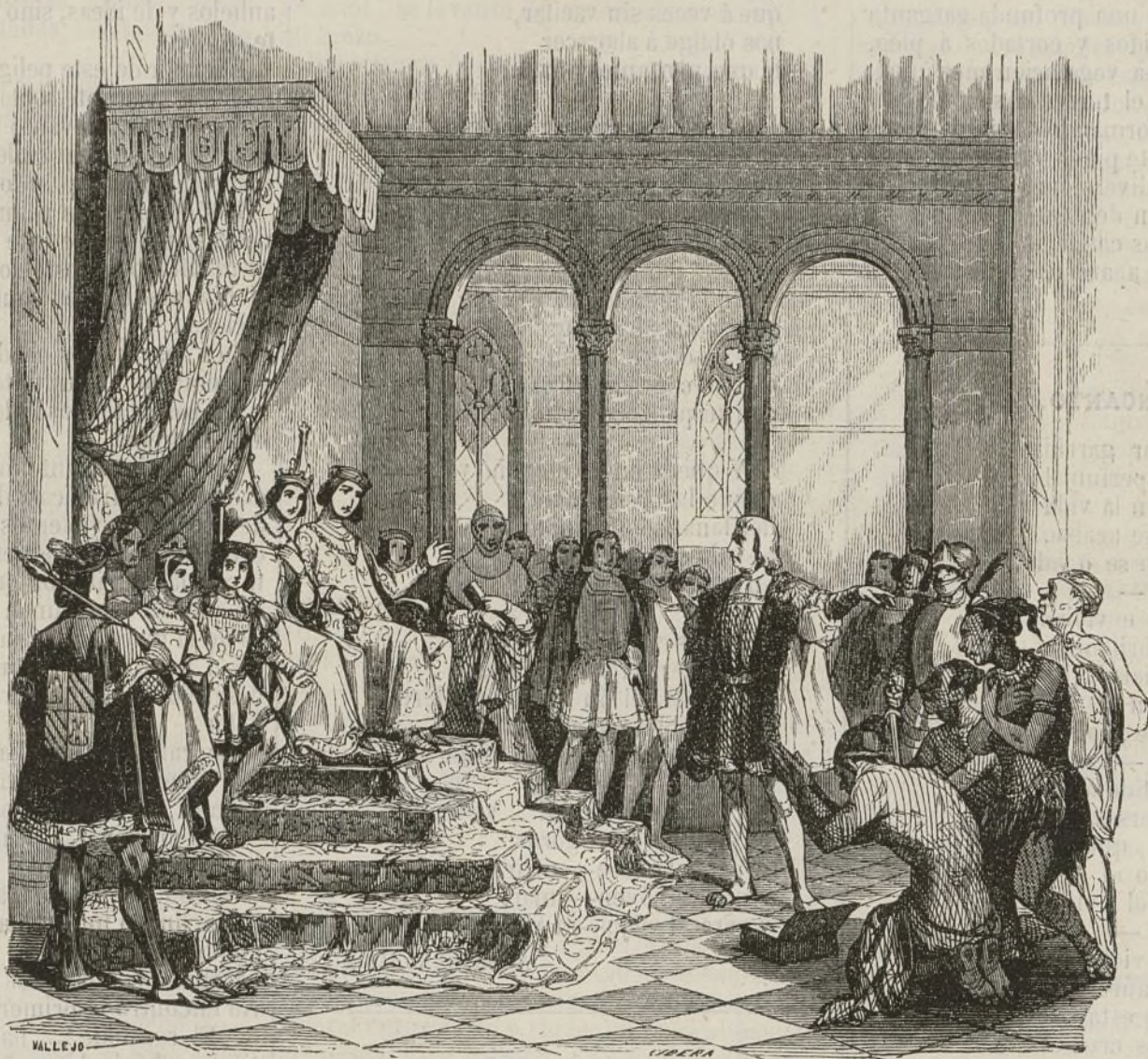
—¡El del primer amor!...

—Aquí estoy. Maldice aquel momento de olvido de la vida, en que creyéndote alma, buscaste un cuerpo, encantadora promesa de un corazón amante, y encontraste un cuerpo que había vivido mas que tú, y un corazón sin ecos para el tuyo, quizá porque también en otro tiempo llamó vanamente al corazón hermano. Yo soy tu primer deleite. He muerto ya: déjame en paz.

—¡No te vayas! ¡no te vayas!...

—Yo valgo mas que él: aquí me tienes. Y el paseante solitario sintió que se desprendía de





Colon ante los Reyes Católicos. (Véase el núm. 30 del SEMANARIO.)

su cerebro, una chispa del fuego de la vida, y fue recorriendo una tras otra las venas de su sistema nervioso, hasta ir á apagarse repentinamente en las últimas ramificaciones, como se pierde en el tejido cerebral, el recuerdo lejano de un placer. Se sentía desvanecido, cuando vino á terminarlo una risa sarcástica, nacida, parte en el corazon, parte en la mansion de las ideas. Con la risa oyó una voz: su acento era burlon...

—Yo, yo soy el desengaño del placer, en todas sus manifestaciones: yo no existo para tí en ninguna parte: acurrucado en el fondo de tu alma, no obedezco jamás tus llamamientos, y me niego á la sollicitacion de los sentidos, á las exigencias de tu imaginacion, á los ruegos zalameros de tu alma: nací con tu primer deseo, y morí de razon; mátala, y viviré: viva ella y seguiré sepultado... Sí, ya lo veo: has llegado hasta el extremo de desear los desengaños, porque te hace falta la negacion de algo, y ni aun de eso puedes disponer: yo que nací con tu primer deseo, te lo repito, h muer-to de razon: ruega á Dios que de la misma enfermedad, muera tu cuerpo.

El golpe habia sido terminante, y el paseante quedó anonadado. Hizo un esfuerzo poderoso, y sintiéndose próximo á la pared, se apoyó en ella, desechando con la voluntad las apariciones de su meditacion; pero cuanto mas se esforzaba la voluntad, mas lo asediaban las formas del recuerdo, y mas compacta, aunque menos estensa, era la sombra, que tendida delante de los ojos, le impedía ver los objetos exteriores. Volvió á caminar: quiso pensar en no pensar: nuevo tumulto, y nuevas oposiciones, nuevos gritos, nuevas risas, nuevas voces. Una le dijo:

—Yo soy el desengaño de la ciencia. Y pasó velozmente.

—Yo soy el desengaño de tu espíritu: yo soy recién nacido: viviré lo que tú. Quería salvarte del naufragio, agarrándote á la idea de la grandeza de tu espíritu, y esa idea te hubiera llevado á una orilla segura. Si no hubiera sobrevenido yo para desarraigar la idea, para echar tu ídolo por tierra, para decirte eternamente que no podrás elevarte sin caer.

El paseante vaciló corporalmente, mientras que dirigía desesperadas evocaciones al último desengaño: todo en vano: sentía que uno por uno volvían los desengaños á sumergirse en la sima de donde habian salido, y que cuando todo quedó en silencio enteramente, contrajo sus labios una sonrisa sin expresion.

—El fastidio está aquí.

La sonrisa, convirtiéndose en gemido, repitió:

—El fastidio está aquí...

Y en aquel momento, la sombra se encogió, fue penetrando lentamente en su cuerpo, hasta que compenetró: sus ojos vieron: vieron la luz, remedo de la vida; vieron hombres y mujeres que cruzaban las calles; vieron la vida en sus mil formas. El paseante hizo una mueca, parecida á una sonrisa, y gimiendo, exclamó: ¡El fastidio está aquí!...

X. P. R.

#### CANTARES.

##### I.

Eres Pepita la diosa  
de la dicha y los placeres,  
porque eres la mas hermosa  
entre todas las mujeres.

##### II.

Ayer me encontré un brillante  
en el cesto de un trapero,  
¡qué hermoso me pareció  
aquel repugnante cesto!

##### III.

Este pícaro mundo  
casa es de locos,  
pues que sin juicio viven  
los hombres todos.

##### IV.

Quietecitos, quietecitos,  
no las toqueis, inhumanos,  
que se marchitan las flores  
al arrancarlas del tallo.

##### V.

Ayer noche ví tus ojos  
y en seguida miré al cielo,  
y ví, niña, que saltaban  
dos luces al firmamento.

##### VI.

Tienes los ojos garzos,  
rubio el cabello,  
de corales los labios,  
gallardo el cuerpo.  
¡Ay! ¡qué desgracia,  
que tengas niña hermosa  
de nieve el alma!

ENRIQUE FERNANDEZ Y CARNICERO.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.  
Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis mese.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas 6, de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calla de Jacometrezo 63, y en la publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.